



Yo soy esa aldea solitaria y muda,
borrada del camino entre ciudades de niebla,
donde en los portales crecen pájaros
y son las plazas claustro abierto del ensueño.
Repito luz, gaviota, flor y nave,
como un niño que feliz aprende en la costumbre,
y voy tras la intacta huella del faro
que ilumina el paisaje cansado de abandono.
Como el poeta estoy fuera de los muros,
en los umbrales de escarcha del divino imperio,
enfermo de amor y de luz invisible,
abrigado en la locura que el humo desprende
por frágiles claraboyas de cristal.
Igual que el misterio, el miedo inquieta en las aceras,
impide al extranjero mostrar sus credenciales.

Marinero con túnica de engaño,
madrugadas de infierno en la memoria
muerden en cada gesto tu aventura.
El sueño se ha perdido en la tormenta.
No evitas ya el terror de los ojos,
el deleite fugaz y compasivo
de abrir hoy la ventana de tu herida
y olvidar el cántico durmiente.
Letanía de bosques y de mares,
arpa edénica que el demonio esconde
para enterrar en su cueva triste
una huella de sol en la mañana.

ANA MARIA NAVALES